

La cara de los inmigrantes

El Nacional, 1958-03-02.

A la inmigración se le juzga muchas veces por sus caras, y se le encuentran rostros buenos y talantes malos, como a un enfermo convaleciente.

Claro que hay quien llega con la intención de saquear el país en un mes o dos y regresar a su guarida, cualquiera que sea su procedencia en Europa, en América, en Asia o en Africa, porque Venezuela es hoy faro deslumbrante de muchos aventureros en los cuatro rincones del mundo.

Hay también la cara de los que no rompen una cerradura, pero explotan otros recursos para llevarse gratuitamente, y hasta con bendiciones, miles de bolívares con que se hubiesen podido comprar kilómetros de acueductos o construir unas escuelas o se hubiesen podido pavimentar las calles de cualquiera de esos pueblos tristes de polvo y de sed con que uno tropieza apenas transpone los linderos de las ciudades venezolanas.

Y se repite con frecuencia la cara del inmigrante que ha llegado a patrón, se ha amparado en la dictadura para apurar su negocio y patear impunemente los derechos del trabajador, sea criollo o inmigrante, más inmigrante desamparado que criollo en su propia cancha.

Y hay, como no, otras caras, más feas. Pero las fealdades del alma no son privilegio de la inmigración, porque la decencia y la podredumbre han viajado siempre juntas en los grupos humanos, y si hay que hacer justicia, es necesario tener en cuenta el gran rostro limpio de la inmigración que ha recibido con alborozo y responsabilidad la nueva era de la libertad y la decencia humana.

Si por espíritu simplista se le quiere dar a la inmigración un símbolo colectivo, escójase el grupo de la mayoría, el aporte de brazos y de buena fe que ha llegado al país a dar lo mejor de su esfuerzo. Es alentadora la manera con que muchos intelectuales, y todos los periódicos, y todas las emisoras y televisiones del país han respaldado la actitud de nuestras autoridades. Pero queda a pesar de todo un hondo recelo popular frente a la mayoría inmigratoria.

Desgraciadamente aquí, en lo más sano y noble del cuerpo de la inmigración, en esta cara de sudores y de grietas de polvo y, de sol que está levantando los muros de las nuevas edificaciones, que está abriendo el surco de la nueva semilla que está aguantando el temblor desbocado del martillo de aire comprimido durante ocho y diez horas o que está extendiendo las capas de cemento de la Venezuela de hoy y la que viene, hombro con hombro junto al criollo, en esa gente que pasea la nobleza de su esfuerzo sin ninguna ostentación, que no tiene tiempo de meterse en política ni conoce al majadero de Gagliardi, se esconde precisamente el problema más hondo de incompreensión humana.

Ellos no son culpables de los problemas de desempleo y desajuste que sufre la nación en su desarrollo; ni tampoco tienen culpa los criollos que sufren las consecuencias de su llegada, quedando a un lado del camino de progreso de su propio país debido a una muy natural diligencia del que llega, quien se aferra angustiosamente a las condiciones de trabajo que le ofrecen para sobrevivir en un mundo que todavía le es extraño.

Este desequilibrio es un fenómeno ajeno a los dos grupos humanos. Los culpables son aquellos que tienen la responsabilidad de haber fomentado alegremente, muchas veces alevosamente para abaratar la mano de obra para su propio beneficio, este trasiego de hombres sin reparar en sus consecuencias sociales y económicas. No hay duda de que el ancho regazo de Venezuela necesita de todos, y para garantizar su convivencia habrá que tomar las medidas de seguridad y justicia necesarias.

Esta es la cara de la inmigración, si la inmigración tiene en verdad alguna cara definida; una cara que se parece como un hermano gemelo a otro a la del pueblo venezolano que sufre y trabaja.

Y entre tanto inmigrante de compleja motivación, hay también en Venezuela una cara de muy definida trayectoria y merecedora del mejor respaldo: la de los exiliados políticos. El grupo de hombres que por haber sido expresión de conciencia cívica en el pueblo que tuvieron que abandonar, ha demostrado hacia el país que los acogió tan noblemente una responsabilidad y un respeto ejemplares. Seguramente los venezolanos que están regresando ahora de un duro exilio sabrán medir en toda su hondura el dolor y la entereza que amasa un largo destierro.

Hombres de hasta veinte años de exilio íntegro tienen que ser buenos ciudadanos; siembra honrada en cualquier país donde hayan rendido su faena de hombres.